

**ARTÍCULOS/ARTICLES**

# La racionalidad de las teorías conspirativas: una aproximación a partir de Max Weber y Raymond Boudon

The Rationality of Conspiracy Theories: An Approach from the Theories of Max Weber and Raymond Boudon

**Alejandro Romero Reche**

Universidad de Granada, España  
romeroreche@ugr.es

**Türkay Salim Nefes**

Instituto de Políticas y Bienes Públicos (Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC), España  
turkay.nefes@csic.es

**Recibido/Received:** 25/4/2022

**Aceptado/Accepted:** 27/9/2022



## RESUMEN

Las teorías conspirativas suelen ser percibidas como fenómenos ideológicos irracionales con potencial para producir efectos perniciosos en las sociedades donde se propagan. Esta percepción, reforzada por la visibilidad de los ejemplos históricos en que han legitimado la discriminación de minorías o incluso el genocidio, condiciona el análisis sociológico de las mismas y limita su potencial explicativo cuando parte de una presunción de irracionalidad. Este artículo defiende, por el contrario, una aproximación que parte de una presunción de racionalidad, concebida en un sentido amplio en el que se conjugan la racionalidad instrumental y la racionalidad valorativa. Un enfoque de elección racional así planteado permite una comprensión más completa del fenómeno y, con ella, potencialmente una base más sólida para intervenir respecto a los objetivos normativos a los que no renuncia. El artículo presenta las dos corrientes principales en el estudio sociológico de las teorías conspirativas y muestra cómo ambas podrían conciliarse por medio de un enfoque racional que, frente a la visión restringida de la racionalidad de Pareto, se base en las de Weber y Boudon, explorando su aplicabilidad a trabajos empíricos que relacionan teorías conspirativas con partidismo y religiosidad.

**PALABRAS CLAVE:** teorías conspirativas; elección racional; racionalidad cognitiva; Max Weber; Raymond Boudon.

**CÓMO CITAR:** Romero Reche, A. y Nefes, T. S. (2022). La racionalidad de las teorías conspirativas: una aproximación a partir de Max Weber y Raymond Boudon. *Revista Centra de Ciencias Sociales*, 1(2), 11-30. <https://doi.org/10.54790/rccs.24>

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <https://centracs.es/revista>

**ABSTRACT**

Conspiracy theories tend to be perceived as irrational ideological phenomena with the potential to produce harmful effects on those societies in which they are disseminated. Such perception, reinforced by the visibility of those historical examples in which they have legitimized the discrimination of minorities or even genocide, conditions their sociological analysis and constrains its explanatory potential with a presumption of irrationality. This paper defends, by contrast, an approach starting with a presumption of rationality, conceived in a comprehensive sense combining instrumental rationality and value rationality. Such a rational choice perspective allows for a thorough understanding of the phenomenon and, through it, potentially for a sounder basis for interventions seeking normative goals that the theory does not relinquish. The paper presents the two main currents in sociological research of conspiracy theories and shows how they could be reconciled through a rational approach based upon Weber and Boudon's visions of rationality, as opposed to Pareto's restricted one, exploring its applicability to empirical research that relates conspiracy theories to partisanship and religiosity.

**KEYWORDS:** conspiracy theories; rational choice; cognitive rationality; Max Weber; Raymond Boudon.

[...] el loco (como el determinista) generalmente ve demasiadas causas en todo [...]. De hecho, el aserto más común sobre la locura es engañoso a este respecto. El loco no es el hombre que ha perdido la razón. El loco es el hombre que ha perdido todo excepto la razón.

G. K. Chesterton (1986 [1908], pp. 221-222).

El uso habitual de términos como «conspiranoia» y «conspiranoico» en las conversaciones cotidianas y en las redes sociales, en los medios de comunicación y a veces incluso en entornos académicos resulta elocuente respecto a la percepción que comúnmente se tiene de las teorías conspirativas y quienes creen en ellas. Así calificada, la teoría de la conspiración aparece como un fenómeno patológico, próximo a la enfermedad mental, cuando no directamente identificado con ella (Leveaux *et al.*, 2022), y por tanto enfrentado al dominio de la racionalidad.

La proliferación de teorías conspirativas durante la pandemia de COVID-19, muchas de ellas vinculadas a la reticencia a las vacunas (véanse, por ejemplo, Ullah *et al.*, 2021, o Pummerer *et al.*, 2022) o la resistencia a cumplir con las normas (Freeman *et al.*, 2022), probablemente haya intensificado tal supuesto de irracionalidad, toda vez que se caracteriza a los creyentes como contrarios a la ciencia, a su vez el epítome de la racionalidad, y refractarios a los códigos que regulan la vida en común. Esto parece justificar que se les excluya expeditivamente de la discusión pública adjudicándoles calificativos como «terraplanistas», y también que se tienda a explicar su adhesión a las teorías conspirativas invocando dinámicas causales de naturaleza fundamentalmente emocional, a menudo relacionadas con una variedad de prejuicios y supersticiones vergonzantes (Reichstadt, 2019).

Diversas voces desde la filosofía (Coady, 2012; Dentith, 2014) o la sociología (Husting y Orr, 2007) han criticado el uso efectivo del mismo como una herramienta con la que se expulsan de la conversación ciertas posiciones, deslegitimándolas en una

estrategia metadiscursiva que elude así tener que abordar seriamente su contenido y las críticas plausibles que pueden estar entreveradas en él. Chomsky (2004) considera el término como una suerte de exabrupto académico, más próximo al insulto que a la argumentación racional, pero desde una posición de pretendida superioridad racional. Al asumir la irracionalidad de quien defiende tales teorías, se desestima por innecesario cualquier esfuerzo de justificación racional para un rechazo cuya pertinencia se tiene por autoevidente.

Las dificultades que presenta la sociología de las teorías de la conspiración están necesariamente vinculadas a las connotaciones valorativas que acarrea el término. Hay razones normativas plausibles para poner entre paréntesis la descalificación automática de las creencias conspirativas siquiera mientras son objeto de análisis sociológico. Es más, tiene sentido estudiar cómo y por qué fluctúan, a lo largo del tiempo y en los diversos contextos sociales, las líneas de demarcación entre teorías conspirativas y conocimiento (o, simplemente, conjeturas legítimas), lo cual solo puede hacerse desde un agnosticismo sistemático que se extienda, como mínimo, mientras dura el proceso de investigación.

Esto indica que hay también razones epistemológicas para suspender temporalmente la condena al conspiracionismo con objeto de conocer más profundamente el fenómeno, ya que la atribución por defecto de una serie de pecados originales, comenzando por la presunción de irracionalidad, efectivamente limita la fecundidad del análisis, abocándolo bien a explicaciones mecanicistas (por ejemplo, cuando se considera que las teorías son inoculadas en una población absolutamente inerme y manipulable), bien a la renuncia a cualquier tipo de explicación (si se considera que al catalogar el fenómeno como irracional se ha agotado todo lo que puede decirse a su respecto).

Algunas aproximaciones contemporáneas, siguiendo a Coady (2012) o a Goertzel (1994), se inhiben respecto al valor de verdad de las teorías conspirativas y se limitan a caracterizarlas atendiendo a su contenido, en el que se postula la existencia de manejos ocultos por parte de agentes poderosos. En ocasiones esto puede ajustarse a los hechos, como indica la abultada nómina de conspiraciones reales que recoge la historia, pero los hipotéticos aciertos no eximen a las teorías conspirativas del estigma que las marca como mercancías epistemológicamente averiadas. En primer lugar, porque es perfectamente posible alcanzar conclusiones verdaderas por medio de razonamientos incorrectos; por tanto, el hecho de que efectivamente existan las conspiraciones y se produzcan casos en los que una teoría conspirativa pueda ser la explicación más ajustada a la realidad no convalida necesariamente el procedimiento por el que se ha llegado a ella. Y en segundo, porque, pese a la neutralidad de la definición, a menudo el objeto de interés para la investigación empírica siguen siendo ciertas disfunciones asociadas a las teorías conspirativas; valga el ejemplo de Wood, Douglas y Sutton (2012), quienes, tras una definición perfectamente aséptica, señalan que son explicaciones particularmente resistentes a la refutación, y exploran su potencial para conformar sistemas de creencias monológicos a partir de teorías contradictorias entre sí. En otras palabras, aunque se contemple dentro del término toda teoría conspirativa independientemente de su verdad o falsedad, o de la soli-

dez de la lógica que la sustenta, habitualmente se estudian casos y dinámicas que se aproximan más a las viejas definiciones valorativas (por poner otro ejemplo, los procesos de «caída en la madriguera de conejo», minoritarios con respecto al grueso de personas que conceden cierto crédito a unas u otras teorías conspirativas, en Sutton y Douglas, 2022).

En estas páginas se pretende contribuir a la comprensión de las teorías conspirativas desde la teoría sociológica esbozando una aproximación a estas desde el supuesto de su necesaria racionalidad, lo que creemos que puede ayudar a clarificar, entre otras cosas, la conexión entre las teorías conspirativas «razonables» que caben en las definiciones neutrales del término y el conspiracionismo aparentemente más irracional que, comprensiblemente, tiende a centrar como problema social acuciante los esfuerzos de la investigación. El enfoque de elección racional que exponemos, siguiendo a Max Weber y Raymond Boudon, produce conjeturas asumiendo que las personas tienen razones para hacer lo que hacen y creer lo que creen, y preguntando cuáles son en cada caso. Estas razones no son universalmente válidas, ni las que juzgaría adecuadas un observador omnisciente, sino que responden a contextos concretos dentro de los cuales adquieren su sentido.

Dada la percepción generalizada de las teorías conspirativas como delirios colectivos y de quienes creen en ellas como víctimas de enajenación epistémica, esta propuesta podría parecer una *boutade* o un intento de forzar una mirada contraintuitiva para jugar a la provocación. No pretende ser ninguna de ambas cosas. La motiva la convicción de que, sin agotar un fenómeno que exige de múltiples perspectivas para dar cuenta de sus distintas dimensiones, puede dar lugar a explicaciones e interpretaciones más ricas y matizadas, y de que interesa aspirar a tales explicaciones si efectivamente preocupan los efectos nocivos que las visiones más expeditivamente patologizantes atribuyen, no sin motivos, a las teorías conspirativas. No presumimos que sea, por tanto, el enfoque definitivo sobre las teorías conspirativas, pero sí un enfoque necesario.

Para defender este punto de vista, comenzamos con una breve revisión de las dos grandes tradiciones que se dibujan con respecto al problema normativo en el estudio académico de las teorías conspirativas, tras lo cual exponemos de qué modo un enfoque de elección racional puede acercar ambas posiciones, cuáles serían sus principales supuestos y, por último, algunos ejemplos que ilustran cómo la investigación empírica sobre teorías de la conspiración se puede beneficiar con su aplicación.

## 1. Dos corrientes en el estudio académico de las teorías conspirativas

En una de las piezas fundacionales tanto del estudio académico del conspiracionismo como de su estigmatización a nivel popular, Hofstadter (1965, p. 29) define las teorías conspirativas como relatos políticos que orientan a quienes creen en ellos hacia una mentalidad peculiar desde la que se percibe una conspiración gigantesca como fuerza motriz tras los acontecimientos históricos. A su juicio, se trata inequívocamente de una

patología, intrínsecamente perniciosa, que propaga la paranoia mediante argumentos incorrectos. Pese a dicha descalificación enfática y a la conexión explícita con la paranoia, Hofstadter (1965, p. 36) entiende que las teorías conspirativas son, también, explicaciones «si no totalmente racionales, al menos intensamente racionalistas», pues «subsumen toda la realidad bajo una teoría omniabarcante y consistente». Lo que denomina «estilo paranoico» no se distingue tanto por la ausencia de hechos verificables en los que apoyarse como por el salto imaginativo que ejecuta, a partir de un prolijo ejercicio de *cherry-picking* y de vinculación arbitraria de los hechos así seleccionados, y mediante el cual se desemboca en teorías sesgadas valorativamente de raíz.

Esta doble naturaleza de las teorías conspirativas, reconocida ya en esta referencia seminal y todavía influyente, ha dado lugar a dos grandes corrientes de investigación, interpretadas en síntesis posteriores como producto de un dilema consustancial al objeto: la denominada como fractura realista/simbolista (Rogin, 1987) o bien como cultural/clásica (Nefes, 2014). Una de tales corrientes de investigación se apoya en la concepción de las teorías conspirativas como patologías políticas, constituidas por una perspectiva paranoica y valorativa que conduce necesariamente a la distorsión de la realidad, y a través de ella a la discriminación, el fanatismo y a menudo la violencia (Pipes, 1997; Sunstein y Vermeule, 2009; Aaronovitch, 2009; Cohn, 2010; Ben-Itto, 2020).

En general, desde esta posición se defiende, como Byford (2015), que es posible distinguir las teorías de la conspiración de otras formas de abordar el conocimiento de la realidad por un estilo distintivo de explicación viciado en su mismo origen por deficiencias fundamentales. Esto las hace peligrosas, ya que abocan a sistemas de creencias monológicos e implican un riesgo de pendiente resbaladiza, donde la aceptación de una teoría conspirativa haría más probable la aceptación de muchas otras (Goertzel, 1994; Swami y Furnham, 2012; Swami *et al.*, 2013), lo cual es congruente con la percepción del creyente en teorías conspirativas como «conspiranoico» que ha caído por una madriguera de conejo a una realidad alternativa que lo separa del resto de la sociedad, aislándolo en una pequeña comunidad marginal junto con otras personas desviadas que se han salido del sentido común. Esta última dinámica, según observan Sutton y Douglas (2022), de hecho es minoritaria entre las personas que suscriben creencias conspirativas.

La segunda corriente se constituye en gran medida en oposición explícita a la primera, pues considera inadecuada y contraproducente la visión meramente patológica del fenómeno, tanto en lo cognitivo como en lo normativo. La base sobre la que se apoyan es la dimensión racional que había identificado Hofstadter, que se manifiesta al examinar cómo las gentes intentan, por medio de las teorías conspirativas, dar explicaciones razonables a las circunstancias en que se encuentran y los acontecimientos y procesos que se desarrollan en ellas (Melley, 2000; Knight, 2000; Birchall, 2006; Bratich, 2008; Harambam y Aupers, 2021).

Es característico de esta perspectiva considerar la teoría de la conspiración como algo parecido a una «ciencia social para legos», que se desarrolla en paralelo a la institucionalización de la sociología, responde a problemas similares y ofrece explicaciones que rivalizan con las suyas (Boltanski, 2012; Nefes y Romero-Reche, 2020). Así, Knight (2000) considera estas teorías como «epistemologías vernáculas» cuyo pro-

pósito consiste en esclarecer la realidad social, mientras que Locke (2009) sostiene que el fenómeno es específicamente moderno (algo en lo que coincide con Byford, 2015) y que supone un intento de asignar responsabilidad moral a individuos y grupos con respecto al sufrimiento humano, la realidad problemática que se pretende explicar. No obstante, pese a su rechazo de la patologización de las teorías conspirativas, esta corriente no se desentiende por completo de los sesgos que presentan, asociados a posiciones valorativas identificables.

Para Fenster (1999), una aproximación cabal al fenómeno exige trascender la oposición entre la perspectiva que las contempla como relatos paranoicos sesgados por una poderosa carga valorativa y la que las percibe como una forma de conocer racional pero distorsionada. Por ello, él mismo critica las visiones eminentemente patológicas al tiempo que examina la dimensión simbólica y la carga valorativa de las teorías de la conspiración.

La teoría de la elección racional podría constituir una solución viable para superar la división entre las dos tradiciones, en tanto permite analizar las razones subjetivas, concretas y localizadas que respaldan el uso de creencias marginales por parte de las personas. Siguiendo a Coleman (1990, pp. 17-18), el enfoque teórico de las ciencias sociales debe buscar una concepción de la acción que la haga racional desde el punto de vista del actor, lo que les permitirá comprender la organización social a partir de las acciones individuales que la configuran. Si, desde el sentido común y también desde algunas perspectivas sociológicas, asumimos la total irracionalidad de ciertas acciones y creencias es porque todavía no hemos conseguido acceder al punto de vista de los actores, desde el cual son racionales. Buscar expresamente la dimensión racional de las teorías conspirativas que la mayoría tiende a considerar irracionales puede contribuir a identificar su estructura de plausibilidad y su relación con otras teorías y creencias no estigmatizadas.

## 2. La racionalidad cognitiva y las teorías de la conspiración

Hay varias razones por las que solemos considerar que las teorías conspirativas son irracionales. Para empezar, porque, como se espera que perciba cualquier persona que participe del consenso de sentido común, no se corresponden con la realidad. También porque, dada la aparente evidencia de su falsedad, entendemos que no hay buenas razones para creer en ellas: quien las acaba abrazando ha tenido que dejarse embaucar por argumentos falaces o se ha abandonado a sus emociones olvidando la razón o valiéndose de ella únicamente para justificar posteriormente convicciones previas. Finalmente, porque, en la medida en que creencias y percepción de la realidad orientan nuestra acción, esta será incongruente con dicha realidad al basarse en representaciones falsas. Así, la conducta de las personas que creen en teorías conspirativas sobre la COVID-19, más reticentes que el resto a la vacunación o las medidas de distancia social, y más receptivas a terapias alternativas sin base científica (Bierwiazzonek, Gundersen y Kunst, 2022), o la de quienes no respetan las normas democráticas porque creen en teorías conspirativas sobre la manipulación de elecciones (Albertson y Kimberley, 2020).

Aparecen, pues, dos niveles: el de la acción, abundantemente discutido en las ciencias sociales por Weber, Pareto, Parsons y tantos otros, y el de los enunciados sobre la realidad. Tal como lo definen Boudon y Borricaud (2004, p. 479), un enunciado o conjunto de enunciados es racional «si es congruente con el conocimiento (en el sentido científico del término) de que se dispone sobre el tema, o conforme con los cánones del “espíritu científico”». No obstante, observan, cuando se pondera la racionalidad cognitiva, o carencia de ella, en los mitos y creencias, tiene sentido emplear la perspectiva de la teoría de la acción y entenderlos como respuestas a sistemas de interacción (Boudon y Borricaud, 2004, p. 485).

En Weber, fuente explícita de inspiración para Boudon, se pueden identificar al menos cuatro tipos de racionalidad: formal, teórica, práctica y sustantiva. La formal aparece claramente en el derecho y la economía, y tiene que ver con la adecuación de medios a fines a través de normas universalmente aplicables. La racionalidad teórica, por otra parte, se orienta a comprender la realidad de forma consistente por medio de procesos cognitivos abstractos. Según observó Kalberg (1980), no son estos dos tipos de racionalidad los que se presentan de forma más constante y directa en las acciones cotidianas de las personas, que tienden a apoyarse más en las racionalidades práctica y sustantiva a la hora de tomar sus propias decisiones. El racionalismo práctico es «el modo de vida que refiere expresamente el mundo a los intereses del *propio yo* y lo juzga desde éste» (Weber, 2001 [1905], p. 112), y a menudo está tras la motivación de acciones sociales instrumentales. La racionalidad sustantiva o valorativa tiene que ver con la adecuación a valores que se consideran importantes en distintos contextos sociales.

Las distinciones weberianas han servido de base para aproximaciones racionales posteriores, que en lugar de limitar el análisis a la racionalidad instrumental (*Zweckrationalität*) contemplan también la racionalidad valorativa (*Wertrationalität*). Es, señaladamente, el caso de la teoría cognitivista de la acción de Boudon (2003, 2008), donde se considera la adecuación tanto a fines como a valores en los procesos de toma de decisiones de las personas. Estas, sostiene Boudon (2003), no se limitan únicamente a calcular los medios más eficaces para obtener fines predeterminados, sino que necesitan que las acciones mantengan una mínima coherencia con los valores que consideran importantes, y que les confieren sentido.

Por el contrario, una concepción estrecha de la racionalidad la circunscribe únicamente a lo instrumental, como hace Pareto (1964 [1916], pp. 81-83) en su distinción entre acciones lógicas y no lógicas, siendo las primeras únicamente aquellas que se valen de medios adecuados para los fines que persiguen, no solo desde el punto de vista del agente, sino, puntualización importante, desde el de aquellos que cuentan con los conocimientos necesarios para valorar tal congruencia.

El contraste con el modelo de Pareto no es baladí, ya que Boudon considera su obra particularmente fecunda para el estudio de los fenómenos ideológicos, por encima de Marx (Boudon, 1998) y, al mismo tiempo, la señala como ejemplo de concepción excesivamente restringida de la racionalidad (Boudon, 2000), que conduce a análisis

más limitados que los que permite la teoría weberiana. No obstante, su tipología de acciones no lógicas (Pareto, 1964 [1916], p. 82) en función de la existencia o no de un fin lógico en términos objetivos y subjetivos sugiere una vía hacia el enfoque de Weber: son precisamente los géneros de acción no lógica que cuentan con un fin lógico subjetivo, lo tengan objetivamente (cuarto género) o no (segundo), los que permiten considerar las razones desde la perspectiva del actor, aunque no cumplan los criterios de racionalidad del comportamiento económico.

El esquema de residuos y derivaciones, donde aquellos son las motivaciones emocionales últimas de la acción y estas las justificaciones que se construyen para producir una apariencia de racionalidad, parece dejar fuera del alcance de la sociología la comprensión de las acciones, ya que los residuos no son observables y operan como fuerzas invisibles que deben darse por supuestas por debajo de las propias acciones, como una petición de principio irrefutable. Algunos de estos residuos son traducibles a términos weberianos, como la clase relativa a la «integridad del individuo y sus dependencias» (Pareto, 1964 [1916], p. 731), que podría conectarse con el racionalismo práctico de Weber. No obstante, a efectos del estudio de las teorías conspirativas, es más relevante que la idea de la derivación como racionalización a partir de los residuos propicie el análisis de ideas, creencias y teorías (conspirativas o no) desde una perspectiva de racionalidad próxima a la weberiana. Independientemente de la consideración que estas racionalizaciones merezcan a Pareto, sus efectos persuasivos están necesariamente condicionados por los contextos y sistemas de acción donde se despliegan.

Esto es lo que propone Boudon. Las derivaciones, vale decir los fenómenos ideológicos, cumplen funciones tanto prácticas, legitimando los fines o los medios de la acción, como cognitivas, supliendo las lagunas inevitables en el conocimiento de los actores sobre el mundo natural y, especialmente, el social (Boudon, 1998, p. 222). Pero las funciones cognitivas están también relacionadas con la acción, ya que la necesidad de completar el conocimiento depende frecuentemente de las necesidades de la acción. Si se trata de explicar por qué alguien sostiene una teoría o creencia en detrimento de otras alternativas, la hipótesis de Boudon es que lo hace porque «le parece expresar de la forma más adecuada y útil el significado» de su situación (Boudon y Borricaud, 2004, p. 486). En términos de teoría de la acción:

Una creencia, un mito, una «teoría» representan siempre interpretaciones desarrolladas o, según el caso, aceptadas por los actores sociales en función de su situación tal como la perciben e interpretan. Estas interpretaciones les suministran guías eficaces para la acción. En este sentido, se puede decir que son «racionales», aunque puedan parecer «irracionales» al observador apresurado o implicado (*ibid.*).

Entendidos así, mitos, creencias y teorías, fenómenos ideológicos en general, no pueden explicarse únicamente por residuos y pulsiones emocionales profundas. Estas podrían explicar que existan determinados intereses cognitivos, pero no pueden dar cuenta por sí solas del contenido de las respuestas que se buscan para tales intereses cognitivos, es decir, las creencias colectivas (Boudon, 2000, p. 187).

### 3. Dimensiones racionales de la teoría de la conspiración

Asumiendo que las teorías conspirativas no sean completamente irracionales, ni por sí mismas ni por la diversidad de relaciones que pueden establecer con múltiples sistemas de creencias, hay distintos niveles en los que se puede contemplar su racionalidad para el análisis sociológico. El primero tiene carácter fundamental y es condición de posibilidad del propio análisis sociológico, por lo que debe aceptarse incluso desde las visiones más estrechas de la racionalidad. Supone considerar que, independientemente de lo irracionales que puedan llegar a ser las teorías conspirativas, es posible elaborar discursos racionales sobre ellas. En el más extremo de los casos, como ejemplo de concepción particularmente estrecha de la racionalidad, cabría un modelo similar al que defendía Pareto para las acciones no lógicas (Boudon, 2000, pp. 166-169), al postular fuerzas emocionales imperceptibles externamente pero cuyo influjo permitía explicar la conducta irracional de las gentes más allá de sus propias racionalizaciones.

Podemos contemplar un segundo nivel que, sin entrar aún en el contenido de las teorías y los hipotéticos elementos racionales que pudieran presentar internamente, se interese por la racionalidad más o menos estratégica en su *uso*. Este enfoque también podría aceptarse desde una estrecha concepción paretiana de racionalidad instrumental, ya que se trataría de analizar cómo agentes racionales se valen de creencias irracionales para alcanzar exitosamente sus objetivos. Por ejemplo, no sería racional la creencia en la eficacia de los «medicamentos» homeopáticos más allá del efecto placebo, pero sí lo sería aprovechar dicha creencia y fomentarla para obtener beneficios vendiendo los susodichos «medicamentos». Lo mismo se predica de la creencia en teorías conspirativas, en la medida en que pueden instrumentalizarse para lograr ciertos fines deseados por quienes las promueven, como, por ejemplo, reforzar la cohesión tras una derrota electoral (Uscinski y Parent, 2014).

Hay, con todo, dos matices relevantes que subrayar con respecto al uso estratégico de las teorías conspirativas. Admitir que existe este uso y analizarlo no implica tener por completamente cínicos a quienes lo ejercen: es posible usar racionalmente las teorías conspirativas como medios para conseguir fines deseados, en términos de una racionalidad instrumental perfectamente admisible para Pareto y, al mismo tiempo, creer en cierta medida, o incluso totalmente, en ellas. Esto se puede ilustrar con el ejemplo histórico del dictador Francisco Franco, que se valió de la teoría del contubernio judeo-masónico-bolchevique para justificar el golpe contra la II República y la posterior represión tras la victoria en la Guerra Civil (Preston, 2021), sin que ello reste sinceridad a su preocupación genuina y persistente por la masonería (Ferrer Benimeli, 1982; Southworth, 2002).

Por otra parte, la perspectiva del uso estratégico nos expone a un riesgo que no se sigue necesariamente del supuesto de cinismo de los agentes racionales, pero en el que resulta tentador incurrir cuando se exagera su caracterización maquiavélica. Sobreestimar la capacidad de quienes usan estratégicamente las teorías conspirativas puede llevarnos a explicaciones que sean, ellas mismas, conspirativas. Un principio fundamental del individualismo metodológico que defiende Popper (1984, p. 93) para las ciencias sociales, y al que opone precisamente la teoría conspirativa de la sociedad, es el estudio de las consecuencias no intencionadas de la acción. Las teo-

rías conspirativas, a su juicio, son explicaciones incorrectas porque sobrevaloran la capacidad de determinados agentes para producir las realidades que desean; de ahí que con ellas se pretenda explicar cualesquiera acontecimientos como resultado directo de la voluntad de alguien muy poderoso. La cautela metodológica que nos dicta evitar una conexión directa entre voluntad y realidad social ha de aplicarse también al estudio sociológico de las teorías conspirativas, especialmente frente a visiones hipodérmicas que tienden a considerarlas como patógenos que se inoculan a una población desprovista de agencia.

El tercer y el cuarto nivel plantean la racionalidad desde la perspectiva de la coherencia, interna en un caso y externa en otro. Limitar la racionalidad a la coherencia interna, independientemente de lo alejada de la realidad exterior que se encuentre la teoría conspirativa, justifica su crítica como productos intelectuales fundamentalmente acientíficos o incluso anticientíficos por irrefutables (Byford, 2015). Una fabulación absoluta puede ser irreprochablemente coherente consigo misma y blindarse, mediante peticiones de principio, frente a todo contraste con el exterior. Pero, incluso en tal supuesto, y admitiendo que la premisa original sea radicalmente errónea, se edifica sobre ella una construcción lógica basada en razones que es poco probable que sean falaces en su totalidad, y que tampoco tienen por qué serlo necesariamente en su mayoría. O, al menos, no en una proporción mayor a la que puede encontrarse en otras teorías.

La coherencia externa se refiere a su relación con otras creencias, percepciones e ideas mantenidas por quienes creen en ellas y, tamizada por estas creencias, percepciones e ideas, con la realidad de que pretenden dar cuenta. De nuevo, el carácter nuclearmente erróneo o falaz de la teoría conspirativa no impide un desarrollo racional de sus consecuencias más allá de la propia teoría. Es más, la irrefutabilidad que normalmente se les reprocha se manifiesta en operaciones regulares de adaptación a acontecimientos de una realidad exterior respecto a la cual no suelen ser impermeables (Brotherton, 2015; Butter, 2020). Como observa Boudon (2000, p. 198) sobre las derivaciones paretianas, el hecho de que haya justificaciones más convincentes que otras implica que estas no pueden ser totalmente arbitrarias y que, de hecho, algunas son objetivamente más sólidas que otras. Los creyentes en tal o cual teoría conspirativa pueden sostener diferentes ideas que no encajan perfectamente unas con otras, o incluso que son contradictorias entre sí y congruentes con respecto a una creencia más profunda que las justifica (Wood, Douglas y Sutton, 2012), pero ocurre exactamente igual con los no creyentes.

Cabe contemplar también, como indicaba Popper, la coherencia de las acciones de los creyentes con las teorías conspirativas que suscriben, lo que permite interpretar el sentido subjetivo de dichas acciones y conectarlas después con sus efectos no intencionados a nivel macrosociológico, en un modelo explícitamente inspirado en Weber (Popper, 1984, p. 97). Este último nivel de racionalidad concierne a lo que Boudon (1990, p. 373) llamaba «la razón con r minúscula» y que desarrolló a partir de la racionalidad subjetiva de Herbert Simon, crucial a su juicio para el análisis de fenómenos sociales de muy diversa índole, pero en particular los relacionados con las creencias. Destacando a Weber y Popper como modelos de explicación racional de lo que suele catalogarse como irracional desde el sentido común, observa que este muestra una

acusada tendencia a abusar de las explicaciones «irracionales», por lo que no debe sorprender que «las ciencias humanas que se dan una definición demasiado estrecha de la noción de racionalidad no funcionan mejor que el sentido común» (Boudon, 1990, p. 379). Al contrario que Pareto, que tacha de no lógicas las acciones inspiradas por las creencias religiosas al no cumplir los criterios de la racionalidad instrumental (Boudon, 2000, p. 165), la sociología de la religión de Weber, cuando examina problemas como el de la teodicea (Weber, 1993 [1922], pp. 412-417), pone de relieve el carácter racional y ordenador de las creencias religiosas y el funcionamiento de la noción de providencia como racionalización. Recordando los paralelismos que encontraba Popper entre religión y teorías conspirativas, estas podrían considerarse también como una forma frecuentemente secularizada de teodicea, que además muestra con frecuencia rasgos de escatología mesiánica (Weber, 1993 [1922], p. 413). Un elocuente ejemplo contemporáneo es la teoría conspirativa conocida como QAnon, que plantea una lucha apocalíptica entre las fuerzas del mal y las del bien, y donde el expresidente Donald Trump se erige en figura indiscutiblemente mesiánica que purgará a los enemigos de la nación (Rothschild, 2021).

La distinción paretiana entre lo lógico y lo no lógico precisaba de observadores distintos del propio agente que dispusieran de los conocimientos necesarios para valorar debidamente la adecuación entre medios y fines. Pero, si se admite que esa perspectiva crucial estará siempre situada en un contexto que necesariamente impondrá limitaciones, la propia racionalidad dependerá igualmente del contexto a menos que se pueda identificar una imposible perspectiva absoluta, libre de todo contexto. Frente a tal ambición de absoluto, los enfoques analíticos que atienden a las razones contextuales y subjetivas de las personas no tienen por qué abocar al relativismo, quizá más justificado desde una racionalidad estrictamente instrumental que nada puede aportar a la discusión sobre los fines, sino que posibilitan visiones más completas y racionales de la realidad social.

Abordar las teorías conspirativas desde la elección racional, por tanto, no se reduce a observar el uso estratégico que actores pragmáticos hacen de ellas, ya presente en las percepciones de sentido común que entienden el fenómeno como un proceso de manipulación de masas irracionales por parte de propagandistas cínicos, sino que puede contemplar en su análisis los distintos niveles de racionalidad que se han detallado anteriormente. Para ello, debe construir su perspectiva a partir de propuestas anteriores de conjugar las racionalidades práctica y sustantiva en el análisis de la acción social. Una de ellas es la de Woods (2001), que examina cómo ambas confluyen de forma dinámica en la que denomina acción racional valorativa-intuitiva. En ella se pone de manifiesto cómo las personas matizan, refuerzan o revisan su comprensión moral del mundo por medio de la racionalidad instrumental.

Pese a la valoración negativa que de su sociología hace Boudon (2004, pp. 216-217), es posible también recoger elementos de la concepción de la acción social de Erving Goffman, que asume una interrelación similar entre la racionalidad instrumental y la orientada a valores cuando analiza la representación de la moralidad por parte de las personas en el conocido pasaje donde se refiere a los actores como «mercaderes de moralidad» (Goffman, 1959, p. 162). En tales maniobras dramáticas se pone

igualmente de relieve la ambivalencia de la acción, entre el cinismo de la manipulación estratégica de impresiones y la convicción con respecto a los valores que se escenifican, y que podrían perfectamente ser otros.

La teoría cognitivista de la acción de Boudon (2003), como ya se ha señalado, pretende superar la visión restringida del cálculo de costes y beneficios incorporando la racionalidad valorativa (1996, pp. 146-147). Toma en consideración el influjo de valores y normas en la acción individual (Boudon, 1996, 2001, 2003, 2008), y a partir de ello en su agregación en pautas colectivas, sin considerar por ello a los actores como «idiotas culturales». De ahí la particular pertinencia de esta perspectiva para el análisis de ideas y creencias consideradas irracionales, como es el caso de las teorías conspirativas.

Profundizando en la interrelación entre las dos formas de racionalidad, y apoyándose sobre la evidencia empírica acumulada, una teoría de elección racional de las teorías conspirativas debería funcionar como marco analíticamente fecundo para muy diversos enfoques empíricos, sin necesidad de comprometerse con determinadas soluciones técnicas en exclusividad. Al evitar generalizaciones apriorísticas, que han limitado la potencia explicativa de aproximaciones anteriores al fenómeno, y considerar la especificidad de los contextos en lugar de pretender enunciar leyes universalmente válidas, tiene que poder dar cuenta de la emergencia de teorías conspirativas concretas, de su difusión, de su aceptación por parte de personas localizadas en coordenadas sociales identificables, y de su relación con las acciones de dichas personas.

Considerar la racionalidad normativa en relación dinámica con la instrumental supone entender el contexto no simplemente como un conjunto de reglas de juego con respecto a las cuales los actores ponen en marcha jugadas planeadas exclusivamente para maximizar sus ganancias, ni tampoco como un conjunto de estructuras monolíticas que determinan férreamente la acción. Las personas no son, efectivamente, «idiotas culturales», pero su acción creativa se desarrolla en el marco de códigos culturales que, entre otras cosas, modulan la deseabilidad de los fines que debería perseguir el *homo economicus*, y la aceptabilidad de los medios que podrían emplearse para alcanzarlos. Pero, naturalmente, estos códigos, y el propio contexto, no son eternos e inmutables, ni se han autogenerado: son el producto dinámico de la acción humana que condicionan (Coleman, 1990).

Desde esta perspectiva, que conecta los niveles micro y macro, es posible tener en cuenta la efectiva diversidad del fenómeno, ya explícita en las definiciones de Popper (1984, 2002): en situaciones distintas, y por tanto en sistemas de acción distintos, las teorías conspirativas se relacionan con fenómenos sociales e ideológicos distintos, establecen relaciones distintas con el *mainstream* y producen efectos distintos. Esto último, también desde un punto de vista normativo: Coady (2012) reprocha a Popper la estigmatización de las teorías conspirativas, pero este reconoce que en circunstancias y momentos concretos la teoría conspirativa del engaño sacerdotal ha arrojado efectos beneficiosos, siquiera a corto plazo.

Empíricamente, un enfoque de elección racional de estas características es aplicable a diseños de investigación muy variados, siempre que se distinguan analíticamente las formas de racionalidad implicadas y, en su caso, las variables con las cuales se pue-

den asociar. Desde la investigación cuantitativa clásica mediante encuesta, con la que se intente determinar, por ejemplo, la probabilidad de suscribir las teorías conspirativas sobre las que se esté indagando en función de variables que puedan relacionarse con las racionalidades práctica y valorativa, hasta aproximaciones cualitativas que analicen cómo se articula en el discurso la racionalización de las creencias apelando a intereses y valores.

#### 4. Explicaciones incompletas: partidismo y religiosidad en las teorías conspirativas

Hay dos variables que aparecen de forma consistente en la investigación sociológica sobre teorías conspirativas y que podrían corresponderse en gran medida con las dos formas de racionalidad que consideramos necesarias para un enfoque de elección racional comprensivo: el partidismo y la religiosidad. Entendemos el primero como próximo a la racionalidad instrumental en la medida en que, más allá de consideraciones ideológicas y de los valores asociados a las mismas, se produce una intensa identificación con un grupo cuyo beneficio se considera un fin en sí mismo. Se trata, en suma, de hacer, o de creer, aquello que conviene al propio partido. En cuanto a la religiosidad, se manifiesta en ella la racionalidad valorativa en tanto la fe conlleva una escala de valores cuya defensa puede llegar a anteponerse al propio interés personal, desplazando así a la racionalidad práctica en la toma de decisiones (y, por ende, también en la adopción de creencias).

El partidismo aparece asociado a la creencia en teorías conspirativas en una amplia variedad de investigaciones recientes (Abertson y Kimberley, 2020; Enders, Smallpage y Lupton, 2020; Van der Linden, Panagopoulos, Azevedo y Jost, 2021), en todas las cuales se aprecia una clara relación entre las teorías conspirativas en las que se cree y la identificación con formaciones políticas concretas. Asimismo, otros estudios muestran una nítida influencia de la religiosidad (Mancosu, Vassallo y Vezzoni, 2017) o de valores relacionados con ella (eminentemente, el antisemitismo; Nyhan y Zeitzoff, 2018).

Por supuesto, con ninguna de estas investigaciones se pretende haber aislado el factor causal que explica de forma exclusiva y exhaustiva la creencia en teorías de la conspiración, y en ese sentido las explicaciones que ofrecen son necesariamente tan incompletas como cualesquiera otras (también las que puedan proponerse desde el enfoque de elección racional que aquí defendemos). Lo significativo es que, a menudo, en ellas se registren fenómenos o tendencias que parecen ajenos a los factores señalados o incluso contradictorios con ellos. Por ejemplo, Enders y Smallpage (2018) observan que, aparte de la relevancia que inequívocamente muestra el partidismo en la creencia en teorías conspirativas, existen otros factores que pueden propiciar las creencias conspirativas incluso cuando son directamente contrarias a los intereses partidistas de las personas y, además, que estos factores no parecen producir efectos similares en quienes se identifican con distintos partidos (en este caso, lo que funciona con los republicanos no funciona con los demócratas, incluso aunque lleve a aquellos a creer en teorías conspirativas que implican a figuras del Partido Republicano). En casos como estos, una aproximación desde la racionalidad valorativa

podría complementar el enfoque de racionalidad instrumental, ya que pueden estar entrando en juego valores (por ejemplo, relacionados con la religión) que sean más frecuentes entre las personas que se identifican como republicanas.

Apoyan esta posibilidad otros estudios que muestran el efecto combinado del partidismo y los valores en la creencia en teorías conspirativas: por ejemplo, en el caso de las teorías sobre el lugar de nacimiento de Barack Obama (Pasek *et al.*, 2015), o la desconfianza en las autoridades (Van der Linden, Panagopoulos, Azevedo y Jost, 2021). En una línea afín, Prooijen y Jostmann (2013) han mostrado cómo se relaciona la percepción que tienen las personas de la moralidad de las autoridades con el modo en que se plantean las teorías conspirativas. Las creencias últimas que, en el caso de cada creyente particular, soportan toda la estructura de teorías conspirativas, a veces contradictorias, a la manera de núcleos de programas de investigación lakatosianos (Clarke, 2007), suelen estar relacionadas con valores profundamente arraigados, o valoraciones intensamente sentidas.

En caso de ceñirse a la racionalidad instrumental, un análisis de elección racional no consideraría el contexto más allá de la estructura de incentivos en que se encuentran mercaderes de teorías conspirativas a los que, siquiera a efectos analíticos, deberíamos considerar como fundamentalmente cínicos. Tal enfoque permitiría explicar, en cierta medida, las acciones de quienes difunden teorías conspirativas en virtud de intereses prácticos identificables, y produciría a ese respecto hipótesis predictivas contrastables. Sin embargo, una parte sustancial del fenómeno, en lo que concierne a las personas que genuinamente creen en ellas aun cuando hacerlo no se corresponde de forma directa con sus intereses prácticos, seguiría siendo una incógnita. Resolverla dentro del modelo restringido supondría, bien postular motivaciones de racionalidad instrumental indetectables por la investigación empírica y, probablemente, caer en la circularidad tautológica, bien postular la existencia de mecanismos irracionales profundos, como los residuos paretianos, también indetectables pero cuya existencia se manifiesta en acciones e ideas que de otro modo no podríamos explicar racionalmente. Además, sería difícil dar cuenta de la manifiesta diversidad del fenómeno y de sus relaciones con otros fenómenos ideológicos y sociales, a menos que esta se negara sin más.

## 5. Conclusiones

En las páginas anteriores hemos intentado esbozar las líneas generales de un posible enfoque de elección racional que, por un lado, aspira a integrar las dos principales corrientes en la literatura académica sobre teorías conspirativas y, por otro, pretende apuntar una dirección para esclarecer algunas incógnitas que suscita la investigación empírica en la actualidad.

Con respecto a la primera cuestión, sostenemos que una visión de racionalidad cognitiva boudoniana permite salvar la discontinuidad entre la visión patológica de las teorías conspirativas (cuyos efectos pueden tener, y por desgracia a menudo lo hacen, un carácter rotundamente patológico) y las más próximas al ideal de neutralidad valorativa, también cuando incorporan al concepto toda teoría que postule una conspiración independientemente de su valor de verdad o su solidez lógica. La posible explicación para todas ellas se puede remitir a las razones que las personas en-

cuentran para creerlas dentro de contextos y sistemas de acción específicos, donde se conjugan intereses prácticos y preferencias valorativas, no siempre compatibles con las exigencias de la racionalidad teórica.

En cuanto a la segunda cuestión, y asumiendo el riesgo de incurrir nosotros mismos en prácticas de *cherry-picking* difícilmente evitables cuando se trata de ilustrar una propuesta teórica, las lagunas y ocasionales inconsistencias que se encuentran en las investigaciones sobre las relaciones de partidismo, por un lado, y religiosidad, por otro, con la creencia en teorías conspirativas hacen verosímil una perspectiva que considere tanto la racionalidad instrumental asociada a uno como la racionalidad valorativa que se manifiesta en la otra.

## 6. Referencias

- Aaronovitch, D. (2009). *Voodoo Histories: The Role of the Conspiracy Theory in Shaping Modern History*. London: Jonathan Cape.
- Albertson, B. y Kimberley, G. (2020). Conspiracy theories, election rigging, and support for democratic norms. *Research & Politics*, 1-9. <https://doi.org/10.1177/2053168020959859>
- Ben-Itto, H. (2020). *The Lie That Wouldn't Die: The Protocols of Elders of Zion*. London: Vallentine Mitchell.
- Bierwiazek, K., Gundersen, A. B. y Kunst, J. R. (2022). The role of conspiracy beliefs for COVID-19 health responses: A meta-analysis. *Current Opinion in Psychology*, 46. <https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2022.101346>
- Birchall, C. (2006). *Knowledge goes pop: From conspiracy theory to gossip*. Oxford: Berg. [https://doi.org/10.26530/OAPEN\\_390769](https://doi.org/10.26530/OAPEN_390769)
- Boltanski, L. (2012). *Énigmes et complots: une enquête à propos d'enquêtes*. Paris: Gallimard. <https://doi.org/10.14375/NP.9782070136292>
- Boudon, R. (1986). *L'idéologie ou l'origine des idées reçues*. Paris: Fayard.
- Boudon, R. (1990). *L'art de se persuader des idées douteuses, fragiles ou fausses*. Paris: Fayard.
- Boudon, R. (1996). The «cognitivist model»: a generalized «rational-choice model». *Rationality and Society*, 8, 123-150. <https://doi.org/10.1177/104346396008002001>
- Boudon, R. (1998). *Études sur les sociologues classiques*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Boudon, R. (2000). *Études sur les sociologues classiques II*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Boudon, R. (2001). *The Origin of Values*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- Boudon, R. (2003). Beyond rational choice theory. *Annual Review of Sociology*, 29, 1-21. <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.29.010202.100213>

- Boudon, R. (2004). La sociología que realmente importa. *Papers*, 72, 215-226. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v72n0.1133>
- Boudon, R. (2008). How can axiological feelings be explained? *International Review of Sociology: Revue Internationale de Sociologie*, 18(3), 349-364. <https://doi.org/10.1080/03906700802376412>
- Boudon, R. y Borricaud, F. (2004). *Dictionnaire critique de la sociologie*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Bratich, J. (2008). *Conspiracy panics: Political rationality and popular culture*. State University of New York Press.
- Brotherton, R. (2015). *Suspicious minds: Why we believe conspiracy theories*. New York: Bloomsbury. <https://doi.org/10.5040/9781472944528>
- Butter, M. (2020). *The Nature of Conspiracy Theories*. Cambridge: Polity Press. [https://doi.org/10.4324/9780429452734-5\\_10](https://doi.org/10.4324/9780429452734-5_10)
- Byford, J. (2015). *Conspiracy theories: A critical introduction*. Basingstoke: Palgrave MacMillan.
- Chesterton, G. K. (1986). *Collected Works Vol. I: Heretics, Orthodoxy, The Blatchford Controversies*. San Francisco: Ignatius Press [ediciones originales: 1905, 1908 y 1904, respectivamente].
- Chomsky, N. (2004). On historical amnesia, foreign policy and Iraq. *American Amnesia*, 17 de febrero.
- Clarke, S. (2007). Conspiracy theories and the internet: Controlled demolition and arrested development. *Episteme*, 4(2), 167-180. <https://doi.org/10.3366/epi.2007.4.2.167>
- Coady, D. (2012). *What to Believe Now. Applying Epistemology to Contemporary Issues*. Chichester: Wiley-Blackwell.
- Cohn, N. (2010). *El mito de la conspiración judía mundial. Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Madrid: Alianza.
- Coleman, J. S. (1990). *Foundations of Social Theory*. London: Belknap Press, Harvard University Press.
- Dentith, M. R. (2014). *The Philosophy of Conspiracy Theories*. Basingstoke: Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1057/9781137363169>
- Douglas, K. M., Uscinski, J. E., Sutton, R. M., Cichocka, A., Nefes, T., Ang, C. S. y Deravi, F. (2019). Understanding conspiracy theories. *Political Psychology*, 40(S1), 3-35. <https://doi.org/10.1111/pops.12568>
- Dyrendal, A. (2020). Conspiracy theory and religion. En M. Butter y P. Knight, *Routledge Handbook of Conspiracy Theories* (pp. 371-383). London: Routledge. [https://doi.org/10.4324/9780429452734-3\\_9](https://doi.org/10.4324/9780429452734-3_9)

- Enders, A. y Smallpage, S. (2019). Informational cues, partisan-motivated reasoning, and the manipulation of conspiracy beliefs. *Political Communication*, 36(1), 83-102. <https://doi.org/10.1080/10584609.2018.1493006>
- Enders, A., Smallpage, S. y Lupton, R. (2020). Are all 'birthers' conspiracy theorists? On the relationship between conspiratorial thinking and political orientations. *British Journal of Political Science*, 50(3), 849-866. <https://doi.org/10.1017/S0007123417000837>
- Fenster, M. (1999). *Conspiracy theories: Secrecy and power in American culture*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Freeman, D., Waite, F., Rosebrock, L., Petit, A., Causier, C., East, A., et al. (2022). Coronavirus conspiracy beliefs, mistrust, and compliance with government guidelines in England. *Psychological Medicine*, 52(2), 251-263. <https://doi.org/10.1017/S0033291720001890>
- Goertzel, T. (1994). Belief in conspiracy theories. *Political Psychology*, 15(4), 733-744. <https://doi.org/10.2307/3791630>
- Goffman, E. (1956). *The presentation of self in everyday life*. Edinburgh: University of Edinburgh Press.
- Harambam, J. y Aupers, S. (2021). From the unbelievable to the undeniable: Epistemological pluralism, or how conspiracy theorists legitimate their extraordinary truth claims. *European Journal of Cultural Studies*, 24(4), 990-1008. <https://doi.org/10.1177/1367549419886045>
- Hofstadter, R. (1965). *The paranoid style in American politics and other essays*. New York: Alfred A. Knopf.
- Husting, G. y Orr, M. (2007). Dangerous machinery: "Conspiracy theorist" as a transpersonal strategy of exclusion. *Symbolic Interaction*, 127-150. <https://doi.org/10.1525/si.2007.30.2.127>
- Kalberg, S. (1980). Max Weber's types of rationality: cornerstones for the analysis of rationalization processes in history. *American Journal of Sociology*, 85(5), 1145-1179. <https://doi.org/10.1086/227128>
- Knight, P. (2000). *Conspiracy culture: From the Kennedy assassination to the X-Files*. London: Routledge.
- Leveaux, S., Nera, K., Fagnoni, P. y Klein, P. P. L. E. (2022). Defining and Explaining Conspiracy Theories: Comparing the Lay Representations of Conspiracy Believers and Non-Believers. <https://doi.org/10.31234/osf.io/9p2ca>
- Locke, S. (2009). Conspiracy culture, blame culture, and rationalisation. *Sociological Review*, 57, 567-585. <https://doi.org/10.1111/j.1467-954X.2009.01862.x>
- Mancosu, M., Vassallo, S. y Vezzoni, C. (2017). Believing in conspiracy theories: evidence from an exploratory analysis of Italian survey data. *South European Society and Politics*, 22(3), 327-344. <https://doi.org/10.1080/13608746.2017.1359894>

- Melley, T. (2000). *Empire of Conspiracy: The Culture of Paranoia in Postwar America*. London: Cornell University Press.
- Miller, J., Saunders, K. y Farhart, C. E. (2016). Conspiracy endorsement as motivated reasoning: the moderating roles of political knowledge and trust. *American Journal of Political Science*, 60(4), 824–844. <https://doi.org/10.1111/ajps.12234>
- Nefes, T. S. (2013). Political parties' perceptions and uses of anti-Semitic conspiracy theories in Turkey. *Sociological Review*, 61, 247–264. <https://doi.org/10.1111/1467-954X.12016>
- Nefes, T. S. (2014). Rationale of conspiracy theorizing: Who shot the president Chen Shui-bian? *Rationality and Society*, 373–394. <https://doi.org/10.1177/1043463113519069>
- Nefes, T. S. y Romero Reche, A. (2020). Sociology, Social Theory and Conspiracy Theory. En M. Butter y P. Knight, *Routledge Handbook of Conspiracy Theories* (pp. 94–107). London: Routledge. [https://doi.org/10.4324/9780429452734-1\\_7](https://doi.org/10.4324/9780429452734-1_7)
- Nyhan, B. y Zeitzoff, T. (2018). Conspiracy and misperception belief in the Middle East and North Africa. *The Journal of Politics*, 80(4), 1400–1404. <https://doi.org/10.1086/698663>
- Pareto, V. (1964 [1916]). *Trattato di sociologia generale*. Milan: Edizioni di Comunità.
- Pasek, J., Stark, T., Krosnick, J. y Tompson, T. (2015). What motivates a conspiracy theory? Birther beliefs, partisanship, liberal-conservative ideology, and anti-Black attitudes. *Electoral Studies*, 40, 482–489. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2014.09.009>
- Pipes, D. (1997). *Conspiracy: How the paranoid style flourishes and where it comes from*. New York: Free Press.
- Popper, K. R. (1984). *The Open Society and Its Enemies. Volume II: The High Tide of Prophecy. Hegel, Marx and the Aftermath*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Popper, K. R. (2002). *Conjectures and Refutations: The Growth of Scientific Knowledge*. New York: Routledge and Kegan Paul.
- Preston, P. (2021). *Arquitectos del terror. Franco y los artifices del odio*. Barcelona: Debate.
- Prooijen, J. W. y Jostmann, N. B. (2013). Belief in conspiracy theories: the influence of uncertainty and perceived morality. *European Journal of Social Psychology*, 43, 109–115. <https://doi.org/10.1002/ejsp.1922>
- Pummerer, L., Böhm, R., Lilleholt, L., Winter, K., Zettler, I. y Sassenberg, K. (2022). Conspiracy theories and their societal effects during the COVID-19 pandemic. *Social Psychological and Personality Science*, 13(1), 49–59. <https://doi.org/10.1177/19485506211000217>
- Reichstadt, R. (2019). *L'opium des imbéciles. Essai sur la question complotiste*. Paris: Bernard Grasset.

- Rogin, M. (1987). *Ronald Reagan the Movie and Other Episodes of Political Demonology*. Berkeley: University of California Press. <https://doi.org/10.1525/9780520908994>
- Rothschild, M. (2021). *The Storm is Upon Us. How QAnon Became a Movement, Cult, and Conspiracy Theory of Everything*. London: Melville House.
- Southworth, H. R. (2002). *Conspiracy and the Spanish Civil War. The Brainwashing of Francisco Franco*. London: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203465837>
- Sutton, R. y Douglas, K. (2022). Rabbit Hole Syndrome: Inadvertent, accelerating and entrenched commitment to conspiracy beliefs. *Current Opinion in Psychology* (en prensa). <https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2022.101462>
- Swami, V. y Furnham, A. (2012). Examining conspiracist beliefs about the disappearance of Amelia Earhart. *Journal of General Psychology*, 139, 244- 259. <https://doi.org/10.1080/00221309.2012.697932>
- Swami, V., Pietschnig, J., Ulrich, S. T. et al. (2013). Lunar lies: the impact of informational framing and individual differences in shaping conspiracist beliefs about the moon landings. *Applied Cognitive Psychology*, 27, 71-80. <https://doi.org/10.1002/acp.2873>
- Ullah, I., Khan, K. S., Tahir, M. J., Ahmed, A. y Harapan, H. (2021). Myths and conspiracy theories on vaccines and COVID-19: Potential effect on global vaccine refusals. *Vacunas*, 22 (2), 93-97. <https://doi.org/10.1016/j.vacun.2021.01.001>
- Uscinski, J. y Parent, J. (2014). *American conspiracy theories*. New York: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/acprof:oso/9780199351800.001.0001>
- Uscinski, J., Klofstad, C. y Atkinson, M. (2016). What drives conspiratorial beliefs? The role of informational cues and predispositions. *Political Research Quarterly*, 69(1), 57-71. <https://doi.org/10.1177/1065912915621621>
- Van der Linden, S., Panagopoulos, C., Azevedo, F. y Jost, J. H. (2021). The paranoid style in American politics revisited: An ideological asymmetry in conspiratorial thinking. *Political Psychology*, 42(1), 23-51. <https://doi.org/10.1111/pops.12681>
- Weber, M. (1993 [1922]). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (2001 [1905]). *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo*. Madrid: Alianza.
- Weber, M. (2009). *From Max Weber: Essays in Sociology*. London: Routledge.
- Wood, M. J., Douglas, K. M. y Sutton, R. M. (2012). Dead and alive: Beliefs in contradictory conspiracy theories. *Social Psychological and Personality Science*, 3(6), 767-773. <https://doi.org/10.1177/1948550611434786>
- Woods, P. (2001). Values-intuitive rational action: the dynamic relationship of instrumental rationality and values insights as a form of social action. *The British Journal of Sociology*, 52(4), 687-706. <https://doi.org/10.1080/00071310120084535>

